v. 1 -114

LA CONQUISTA DE MÉJICO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ABATI

Estrenado en el TEATRO LARA el 3 de Marzo de 1896

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono núm 551
—
1896

860.32
Sp24
v.1 #4

Á LA INSIGNE ACTRIZ

Doña Matilde Rodriguez de Rubio

dedica este juguete en prueba de

admiración y sincero afecto

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	SRA. RODRÍGUEZ.
CAMILO	SR. RUIZ DE ARANA.
DON ANTONIO	RUBIO.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ARCHIVO DE JOSE RUBIO

ACTO UNICO

La escena representa un gabinete elegantemente amueblado. Al foro, en el centro, una cama con cortinas. Al foro izquierda puerta de entrada á la habitación. En segundo término derecha, ventana. En primer término izquierda, puerta de un cuarto ropero. En primer término derecha, armario elegante de luna y dentro de éste varias prendas de ropa de caballero, entre ellas dos pares de pantalones. A la cabecera de la cama, mesa de noche y encima una palmatoria con vela. En segundo término izquierda, un entredós con espejo, reloj y candelabros con velas encendidas. A la izquierda, frente al público y en primer término, un velador con mantel puesto y servicio para cenar dos personas, fuente con pollo, botellas de vino y Champagne, ramo de flores. Copas para vino y agua, etc. Delante del velador una tarima de madera con brasero dorado; este brasero tendrá lumbre y ceniza. Alfombra. Sillas de tapicería. Una butaca. Tres sillas volantes. Cortinas para dos huecos.

ESCENA PRIMERA

CAMILO frente á la ventana abierta. Se supone que habla con un vecino.

CAM. Pues, sí, chico. No te han engañado. Me caso, y lo bueno del caso es que me caso con veinticinco... con veinticinco mil duros de renta, ó sea con una chica que los posee. ¿Te acuerdas de don Antonio el droguero?... Pues una sobrina suya, americana, que ha llegado hoy mismo de Méjico... ¿Eh?... ¿que si es guapa?... No sé, chico, no la conozco,

ni siquiera por retrato, pero yo creo que siendo de Méjico, no será fea. Esto ha sido un escopetazo. Don Antonio lo ha arreglado todo en un dos por tres. Es un casamentero furibundo, y á mí me quiere mucho. La chica es huérfana, y al verse sola en el Nuevo Mundo, aceptó con alegría la proposición de don Antonio, su único pariente. Yo, que soy más huérfano y más solo que ella y que estoy más lleno de trampas que cualquiera, no vacilé un instante y me he comprometido solemnemente con don Antonio á tomar por esposa á su sobrina y á que me guste, sea como sea... No... y me gustará... Rosario, y esto ya es algo... veintiocho años, y esto ya es mucho. Pero como te dije antes, su inmensa fortuna produce una renta de veinticinco mil duros. Figúrate tú, veinticinco mil... es muy buena chica... vaya... Cuando pienso que voy á tener dos mil ochenta y dos duros, veintiseis reales y dieciseis céntimos por mes, cerca de setenta duros diarios, casi tres duros por hora, y un real por minuto, me desvanezco. Dice don Antonio que tiene grandes posesiones, bosques inmensos... ¿pues y ganado?... Es asombroso... Solo bueyes dice que tiene dieciocho mil... ya ves... me corresponderán cincuenta bueyes diarios... en fin, por tener, hasta tiene un río... no te rías... un río lleno de agua... por supuesto que ese río le liquido yo á escape, y los bosques, y los bueyes y en seguida liquido las cuentas con el sastre, el zapatero y otros innumerables industriales que me tienen frito. ¿Cómo?... ¿Que cuando es la boda? Pues á escape... dentro de pocos días. Mañana dejo esta casa y me instalaré en la de don Antonio, que así lo desea. Como mañana ya no seré libre, he decidido despedirme dignamente esta noche de la vida de soltero. Escribí esta tarde á don Antonio disculpando por hoy mi ausencia, alegando que estoy enfermo con el trancazo, y envié otra carta á Adelina, aque-

lla muchacha tan mona, que has visto aquí algunas veces, citándola para cenar. Luego nos iremos al baile del Real. ¿Qué te parece?... Es un plan magnífico, ¿eh? Mira. (Señalando al velador.) Todo está preparado. Mi criado Juan llevó las dos cartas, y le dí permiso para no volver en toda la noche, de modo que estaremos completamente solos. Si quieres acompañarnos... ¿Eh? ¿estás enfermo?.. Hombre, lo siento... ¿Ya te retiras?... Bien, pues hasta mañana. Alíviate... Gracias, se hará lo posible. Adios. (Retirándose y cerrando la ventana.) ¡Caramba! (Mirando el reloj.) Las once y veinte, y Adelina sin venir. Yo la citaba en mi carta á las diez y media en punto, y me extraña... (Se sienta.) Ella no acostumbra á hacerse esperar... ¿Si estará enferma?... No... Se lo hubiera dicho á Juan, y ya tendría yo recado. ¿Habré mirado bien? (Sacando otra vez el reloj.) Sí... Las once y veinte... Estaría bueno que no viniera. Hombre, lo sentiría, porque, ¿cuándo me veré en otra? Rosario será celosa, de seguro... siendo de Méjico... ¿A que voy á tener que despedirme de la vida de soltero, despues de casado?... Porque yo me despido... vaya si me despido... ¡Bonita noche voy á pasar si no viene!... ¡Cenar solo! ¡Qué horrible perspectiva! Se me indigestaría la cena... no, no. Antes soy capaz de llamar al portero, al sereno... á cualquiera; sí, pero despedirse de la vida de soltero con el sereno, debe tener muy pocos atractivos... queda descartado el sereno... Diablo de Adelina. Ya podía haber avisado. (Levantándose.) Nada, y que no viene. (Sacando otra vez el reloj.) Y veinticinco... Esperaré hasta la media, y si no... (Campanilla.) ¡Ah! respiro... ya está ahí... (Muy contento.) ¡Viva el placer, viva el Champagne!... Mañana vida nueva... pero, no me acordaba que tengo que abrir, porque Juan no está. (Nuevo campanillazo.) Ya voy, ya voy... ¡Viva el Champagne!... (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA II

DICHO y ROSARIO

CAM. Por aquí, señora. Pase usted. (Sale Rosario por el foro detrás de Camilo.) Hágame usted el obsequio de tomar asiento. (Acerca una silla.)

ROS. Mil gracias, caballero. (Aparte.) (Es muy simpático.)

CAM. (Zambomba, qué guapa es.) Señora... (¿Qué sera ésto?) Señora... (¡Vaya una suerte la mía! Ojalá no venga ya Adelina.) Señora...

ROS. Ya lo ha dicho usted tres veces.

CAM. Sí... tres... (¡Qué torpe!) Señora... digo, no, no señora... es la... la sorpresa y el placer de...

ROS. Comprendo. Mi visita es verdaderamente extraña. Una mujer sola á estas horas... tan...

CAM. Juro á usted, que para mí es una felicidad tan... tan...

ROS. Bien, bien. Me explicaré. Usted no me conoce.

CAM. No soy tan dichoso, ni tan... (Pues señor, se me han atragantado ya tres *tanes*.)

ROS. Soy, desde hace dos días, inquilina de esta casa, y, por consecuencia, vecina de usted.

CAM. ¿Cómo?... ¿vecina? ¿y en qué piso?...

ROS. Tercero, izquierda, interior. (El que me indicó el portero.)

CAM. (Es extraño... no la he visto nunca.) Pues celebro con toda el alma tener á usted tan cerca. (Acerca mucho su silla á Rosario.)

ROS. No tan cerca, caballero. (Retirando la suya.)

CAM. ¿Eh?

ROS. Que nos separan tres pisos. Ya ve usted.

CAM. ¡Ya!... (Es de cuidado. No nos precipitemos.)

ROS. (Mirando á la mesa.) (Dos cubiertos intactos. No debe haber venido.)

CAM. ¿Y puedo saber que dichosa circunstancia?...

ROS. Sí señor. El hecho es muy sencillo. Salí de casa á las ocho con mi marido...

CAM. ¡Ah!... Pero, ¿usted es casada?

ROS. Completamente casada.

CAM. ¡Qué lástima!

ROS. ¿Eh?

CAM. No... que por muchos años. Adelante.

ROS. Como decía, salí con mi marido, y le acompañé á la estación del Mediodía, dejándole en camino de Aranjuez á donde le llevan exigencias de su profesión.

CAM. ¿Qué es su señor esposo?

ROS. Veterinario, para servir á usted.

CAM. Gracias. Por muchos años.

ROS. Después hice tres visitas. Al regresar á casa hace un instante, y buscar la llave de mi habitación, observo que se me ha perdido. Estamos sin criada, y por esta noche no veo medio de entrar en mi casa si alguien no me ayuda. Ví luz en este cuarto, y alentada por lo apurado de mi situación, me atreví á llamar. Han cerrado el portal, no puedo llamar al sereno, y si usted no se interesa por mí, tendré que pasar la noche en la escalera.

CAM. Señora, por Dios, vaya si me intereso.

ROS. Llame usted al sereno.

CAM. (No seré tan bobo.) Imposible. Estamos reñidos y además, ¿á dónde va usted sola á estas horas?

ROS. Es verdad. Pues busque un cerrajero.

CAM. ¿A media noche? Todas las cerrajerías están cerradas. Los cerrajeros, señora, también son hombres y á estas horas están entregados al amor conyugal... si son casados... en unión de sus cónyuges... si son casadas.

ROS. Pues entonces, ¿qué hago?

CAM. Todo menos pasar la noche en la escalera.

ROS. ¡Con este frío!

CAM. ¡Horrible señora! Trescientos grados bajo cero. Ya tiene usted la nariz encarnada.

ROS. ¿Usted que me aconseja?

CAM. Que se la frote usted.

ROS. No es eso. Me refiero á lo que me pasa.

CAM. ¿Dice usted que su esposo salió?...

ROS. Para Aranjuez.

CAM. ¿Y no volverá?...

ROS. Hasta mañana.

CAM. (Bendito sea.) Pues bien, encantadora vecinita. Acepte por esta noche la modesta hospitalidad que un modelo joven la ofrece en esta modesta habitación, única de que dispongo, y propia de un hombre soltero... modestamente instalado.

ROS. ¡Ah! ¿Pero usted es soltero?

CAM. Extraordinariamente soltero. Dos veces soltero.

ROS. Basta, caballero. No lo sabía. No puedo estar aquí un momento más. Adiós. (Se levanta y va rápidamente al foro.)

CAM. (¿Cómo?) ¿Eh? ¡Señora! Señora... (Corriendo tras ella.) ¡que me caso!... ¡Que me caso en esta semana! Venga usted... (La detiene y la trae al proscenio.)

ROS. Déjeme usted joven... mi honor...

CAM. No tema usted, soy honrado y no osaría abusar de su posición. Si duda usted de mí, estoy dispuesto á dejarla aquí sola, y pasar la noche en el descansillo de la escalera. Mañana me encontrará usted helado, pero tendré el gusto de oirla á usted decir contemplando mi cadáver... ¡Pobre muchacho! Ha muerto por mi honor. Paz á su alma. (Sollozando cómicamente.)

ROS. No, no. Eso de ningún modo. Me quedaré, me fiaré de usted. No quiero remordimientos de conciencia.

CAM. (Soy más listo que Cardona. Conquista segura.) ¡Siéntese usted! ¡Siéntese usted!... Caliéntese... (Arrimándose al brasero.) Sobre todo, los pies... ponga aquí los pies. (Rosario obedece.) ¡Ay... ay!... me mareo... más... más pies... digo... más cerca... así...

ROS. Gracias, vecino, gracias.

CAM. ¡Ah!... Qué pies... el colmo de los pies... son piñones... avellanas...

ROS. Y nueces. Un puesto de las ferias.

CAM. (Me toma el pelo.)

ROS. Oiga usted, joven. Mi situación es crítica, pero yo no me asusto de nada.

CAM. Mejor que mejor. Yo tampoco.

ROS. Sé hacerme respetar. Aunque ignoro quién es usted...

CAM. Camilo Rodríguez, natural de Madrid, provincia de idem, treinta y cinco años, empleado en la Tabacalera.

ROS. Muy bien. Yo me llamo...

CAM. Angela, de seguro. O Gloria.

ROS. No señor. Adelina.

CAM. (¡Demonio!) Ade... (¡Qué coincidencia!)

ROS. ¿Dice usted que piensa casarse?

CAM. No... ya no... jamás... Esperaré á que usted enviude; aguardaré si es preciso á que se extinga la raza de los veterinarios.

ROS. Já... já... ¡Qué ocurrencia!

CAM. ¡Casarme yo!... No quiero nada con Méjico.

ROS. ¿Méjico?

CAM. Sí. Mi prometida, á quien no conozco, es de allí. Algún marimacho, de seguro, con los pies muy grandes, modales hombrunos... fumará... ¿qué sé yo?... Nada... que ya no me caso. ¡Ah, pero qué pies!

ROS. ¡Dale! (Retirándolos.) Es usted demasiado galante. Un tenorio *pedestre*.

CAM. ¡Ay, Adelina! Es que me ha vuelto usted loco. Usted ha *descascarillado* mi corazón... (¡Qué imagen!) No sabía lo que era amar...

ROS. Joven, ¿olvida usted?...

CAM. ¡Ah! Sí... perdone. Pero se me ocurre una idea.

ROS. Veamos.

CAM. Que usted no habrá cenado.

ROS. No, señor. Y confieso que tengo apetito.

CAM. Si quisiera usted compartir la modesta cena de un empleado de la Tabacalera... No debo consentir que un estómago tan encantador se marchite por la necesidad.

ROS. (Piropos estomacales. Este hombre es atroz.) Caballero, eso de cenar con un joven soltero... Comprenda usted... que...

CAM. Está bien, señora... está bien, no insisto. Si quiere usted cenar sola, hágalo. Yo me moriré de hambre, y mañana podrá usted decir, contemplando mi cadaver: ¡Pobre muchacho! (Sollozando de nuevo.)

ROS. Sí... Paz á su alma... Ya lo sé... Basta, cenaremos juntos. . No quiero remordimientos de conciencia.

CAM. (Me va bien con el cadáver.) ¡Ah, vecina! ¡Qué buena es usted!... A la mesa, á la mesa. (Se levantan y se dirigen á la mesa.)

ROS. ¿Pero qué veo?... ¿Dos cubiertos?... ¿Esperaba usted á alguien?

CAM. No... á nadie... Diré á usted. Yo como mucho. Mi criado me pone siempre dos cubiertos. Cuando acabo con unc, cambio de sitio y empiezo con otro. ¿Comprende usted?

ROS. Ya comprendo. (¡Tunante!)

CAM. ¡Permítame que la ofrezca este modesto ramo!

ROS. ¿También flores?

CAM. Soy muy aficionado. Tengo tiestos. A mí me da por los tiestos.

ROS. Gracias. (Se sientan. Camilo va sirviendo platos durante el diálogo siguiente.)

CAM. (¡Qué lástima me inspira el veterinario!) A cenar, bella vecina. ¡Viva la alegría, viva la nutrición!

ROS. ¿Trincho el pollo?

CAM. Sí, sí. Trinche usted ese afortunado volátil.

ROS. ¿Quiere usted un alón ó pechuga? (Trinchando.)

CAM. Pechuga, vecina, pechuga. (Rosario le sirve.) ¡Qué ojos, vecina! No son ojos... son dos pechugas... (Rectificando.) dos estrellas... (Acercando la silla y empujando la mesa.)

ROS. ¡Que se lleva usted la mesa, hombre!

CAM. Es la emoción. Bebamos. (Beben.) Adelina... yo... la verdad... yo...

ROS. ¿Qué?

CAM. Adelina, es usted una hurí... un ángel. La Venus de Milo, comparada con usted es una estera vieja, una zapatilla.

ROS. ¡Jesús! Qué exagerado. No tanto, caballero, no tanto.

CAM. Bebamos, hermosísima inquilina del tercero. (Beben de nuevo.) Libemos, libemos.

ROS. Cuidado no se suba á la cabeza.

CAM. ¿Cabeza? Yo no tengo ya cabeza... Adelina... Yo te amo como un cafre... más aún, como muchos cafres...

ROS. ¡Joven!

CAM. Con un amor colosal, huracanado... incandescente, incombustible, incon...

ROS. Señor mío, soy una mujer honrada. Me llaman el terror de los imbéciles. Tiro á las armas, hago gimnasia y si usted se propasa le daré una lección. (Saca un revólver que coloca sobre la mesa. Camilo retira su silla asustado.)

CAM. (¡Canario!... Vaya una compañera de cena; me he lucido.) Por Dios, vecina... cuidado, que el diablo las carga.

ROS. ¡No tengo miedo á nadie! ¡Desgraciado del que me ofenda!

CAM. No, no se ofenda usted. Pero dígame una cosa. Si alguno, enamorado de su belleza, tratase de abrazarla en ausencia de su esposo, ¿qué haría usted?

ROS. ¡Pst, le tiraría por la ventana!

CAM. ¡Já, já... qué graciosa! (Si lo llego á saber, llamo al cerrajero.)

ROS. Con que ya está usted advertido. Sigamos cenando. (Guarda el revólver. Camilo la mira abatido, sin comer.) No temo á ningún hombre, excepto á mi marido. Es muy fuerte y bastante bruto...

CAM. ¿Sí, eh? (Retirándose un poco más.)

ROS. Un Hércules.

CAM. ¿Sí, eh?

ROS. Levanta cien kilos con un dedo.

CAM. ¿Sí, eh? (Yo sudo el quilo. Si por casualidad.)

ROS. Y usted, ¿cuánto levanta?

CAM. ¿Yo? No levanto nada. Estoy anémico. Y... su marido de usted ¿es muy celoso?

ROS. Horriblemente. Es su manía. Tiene un genio terrible... una fiera... Cuando se irrita todo lo rompe... se vuelve loco... Además padece de ataques epilépticos. ¿Pero por qué no come usted?

CAM. No tengo gana... se me ha pasado... la gana... ¿Y si supiera el aguador de su...

digo el Hércules de su marido que hemos cenado juntos?...

ROS. Nos mataría sin compasión. El nuevo sol alumbraría dos cadáveres.

CAM. Señora estoy pensando... que... que algunos cerrajeros... no cierran aunque sean casados, y si usted quiere... (Se oye un fuerte campanillazo.) ¡Ay! (Dando un salto. Rosario se levanta.) Han... han llamado.

ROS. Sí, señor.

CAM. (Tembloroso.) Muy... muy fuerte.

ROS. Mucho. (Nuevo campanillazo.)

CAM. Otra vez... llaman otra vez.

ROS. Justo, otra vez. (Se acercan al foro y escuchan.)

VOZ (Dentro.) Vecino... vecino.

CAM. Es un hombre, ¡canastos!

VOZ ¿No hay nadie? ¡Vecino!

ROS. Esa voz... sí... no hay duda... caballero esmos perdidos... es mi esposo.

CAM. ¿Cómo? ¿El albéitar? ¿El de los cien kilos?

ROS. El mismo. (Entreabriendo la ventana.) Está en la ventana de la escalera.

CAM. Dios mío... es Sansón... Yo no abro...

ROS. Si nos coge, puede usted considerarse difunto para siempre... El nuevo sol alumbrará dos...

CAM. Sí; ya sé lo que alumbrará. Pues es preciso que no alumbre; caramba, yo no puedo morir ahora... mañana á las diez tengo que estar en la oficina. (Se oyen golpes en la puerta.) ¡Qué bárbaro!... ¡Vaya unos porrazos!

ROS. Habrá visto la luz y vendrá como yo... Pronto, escóndame usted ó morimos los dos.

CAM. Aquí... es un cuarto ropero... tiene ventana... Por si quiere usted tirarse... la quedaría sumamente agradecido... (La hace entrar y cierra la puerta.)

VOZ ¿Quiere usted abrir con mil demonios, ó echo abajo la puerta?

CAM. Espere... ya voy... (¡Valor!) (Cierra y sale por el foro.)

ESCENA III

CAMILO y DON ANTONIO. Entran los dos por el foro. Don Antonio vendrá disfrazado con grandes bigotes y barba, peluca muy poblada, gafas oscuras, un gran gabán que oculte por completo el traje y sombrero flexible de ancha ala. Todo dispuesto de modo que pueda quitárselo rápidamente, quedando, cuando lo haga, caracterizado como un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, con pequeño bigote, pelo muy recortado y correctamente vestido de chaquet. Sacará un grueso bastón

ANT. (Entrando el primero.) Vamos, hombre. (Muy irritado.) Ya era hora. ¡Caramba con usted!

CAM. (¡Santo Dios, qué facha! Parece un ladrón!)

ANT. ¿Por qué no abría usted?

CAM. Porque no oía... y...

ANT. No oía .. no oía... Pues haber oido.

CAM. Es que... no estaba en casa.

ANT. ¿Cómo?

CAM. No... no... es que estaba aletargado... y la...

ANT. Bueno, bueno. (Algo más calmado.) Dispense usted que le moleste á estas horas.

CAM. No es molestia... (Es algo peor.)

ANT. ¡Toma! Ya lo sé que no es molestia. Vaya una noticia... Entre vecinos...

CAM. Bueno, bueno .. (Humildemente.) (¡Es inevitable una paliza!)

ANT. Parece usted tonto, joven.

CAM. Sí, señor... casi tonto... *tontín*. (Trae un árbol en la mano.)

ANT. ¿Usted no me conoce?... No... No me conoce usted. Yo soy el vecino del cuarto tercero.

CAM. Sí, el veterinario.

ANT. El veterinario... el veterinario... A mí no llame usted veterinario...

CAM. ¿Pues como quiere usted que?...

ANT. El médico de los *bichos*... eso es...

CAM. Bueno, pues el *bicho*... no, el médico... el... lo que usted guste... (Yo no le contradigo.)

ANT. Acabo de descarrilar á tres kilómetros de Madrid. La línea está interrumpida... Me

he visto obligado á volver á casa... ¿Usted no ha descarrilado nunca?

CAM. Sí, señor... (ahora.)

ANT. He estado llamando un cuarto de hora á la puerta de mi habitación, y nadie contesta. Mi mujer... ¿Usted conoce á mi mujer?

CAM. ¿Yo?... ¡Ca!... No, señor... ni pensarlo. No conozco á ninguna mujer de ningún hombre.

ANT. (Furioso.) ¿Dónde está mi mujer? ¿Por qué no abre mi mujer?... ¿Vamos á ver?... ¿Por qué?

CAM. No sé, caballero, no sé.

ANT. ¿Que no sabe usted? Pues yo si lo sé. Estará en casa, de seguro. Tengo confianza en ella. Se habrá dormido, ¿no es eso?

CAM. Eso es... se habrá... dormido...

ANT. Claro, hombre, claro... Estará en el primer sueño. Duerme lo mismo que un caballo.

CAM. (Comparación profesional.)

ANT. Yo tiraría la puerta. Me siento capaz.

CAM. (¡Ya lo creo!)

ANT. Pero rompería la cerradura y me costaría los cuartos. Renuncio á ello. Buscaré donde pasar la noche. ¿No será mejor?

CAM. Sí... es mejor... (A ver si se va.)

ANT. He visto luz aquí, y aquí me quedo. ¡Qué demonio! Entre vecinos... Usted se ofendería si no me quedara, ¿verdad?

CAM. Muchísimo... sí, señor... (¡Qué apuro!)

ANT. ¿Cómo se llama usted?

CAM. Como usted guste.

ANT. ¿Eh?

CAM. No... Camilo... Camilo... (¡Como por todo se enfada!...)

ANT. ¿Vive usted solo?

CAM. Sí, señor. Con un criado.

ANT. ¿Es usted algo?

CAM. ¿Algo qué?

ANT. Alguna profesión.

CAM. ¡Ah!... Estoy *algo* empleado en la Tabacalera.

ANT. La Tabacalera... buena está la Tabacalera... No me hable usted de la Tabacalera, hombre...

CAM. No hablaré... descuide usted; dispénseme si...

ANT. (Acercándose á la mesa.) ¡Hola, hola... dos cubiertos!... Estaba usted cenando, ¿eh?... Con algún espantajo... comprendo... la tendrá usted escondida... ¡Vamos, vamos, que salga! ¡Que salga, cenaremos los tres!

CAM. (Sí; á cualquiera hora la saco.) Ya se ha marchado, caballero... hace un rato... el espantajo.

ANT. En fin... después de todo... ¿á mí qué me importa? Está usted en la edad de cometer bobadas y de hacer el primo. Con permiso de usted. (Se sienta á la mesa.) Tengo un apetito extraordinario .. voy á cenar como un buitre.

CAM. (A costa mía. Hoy cena aquí gratis todo el mundo. Esto parece una fonda.)

ANT. Vaya, siéntese usted.

CAM. No tengo gana... ya he cenado... como otro buitre...

ANT. Vamos... si quiere usted que me quede, no me haga cumplidos, es lo que más me carga; á sentarse. (Camilo se sienta.) Muy bien... pollo... Champagne... Veo que se trata usted muy regularmente.

CAM. Sí, señor. Muy.

ANT. ¿Quién había de decir que íbamos á cenar juntos esta noche?

CAM. Ya... ya... Yo le creía á usted en Aranjuez.

ANT. ¿Cómo?... ¿Quién le ha dicho á usted que yo iba á Aranjuez? (Incorporándose en la silla.) ¿Acaso ha hablado usted con mi mujer?

CAM. (¡He metido la pata! ¡Maldita lengua!) No... no... me lo dijo el portero.

ANT. ¡Ah!... Eso varía... No crea usted que soy celoso, ni mucho menos. Al contrario. Tengo en mi mujercita una confianza ciega. Sé que me adora, que es honrada y sabe hacerse respetar.

CAM. (Doy fe de ello.)

ANT. (Excitándose gradualmente.) Pero si me engañase... mire usted... si me engañase... la pulverizaría... la despedazaría... sí... (Coge un plato y le rompe contra la mesa.)

CAM. ¡Dios mío! Que cuestan á cuatro pesetas.

ANT. ¡Que cuesten! (Calmándose.) No es nada. Dispense usted.

CAM. No es mucho... pero es un plato.

ANT. Decía que si mi mujer me engañase, la estrangularía con esta mano y la tiraría por la ventana con esta otra.

CAM. (¡Lo que haría este hombre si llega á tener tres manos!)

ANT. En cuanto á su cómplice...

CAM. (Muy inquieto.) A su cómplice, ¿qué?...

ANT. Teniendo en cuenta que el hombre es siempre menos culpable en estos casos, me contentaría humillándole con mi desprecio.

CAM. (Tranquilizándose.) Eso, eso; usted lo entiende, caballero. (Menos mal.)

ANT. Pero para evitar que volviese á engañar á nadie, le tiraría también por la ventana.

CAM. (¡Cáspita! El desprecio de este señor tiene una coletilla muy desagradable.)

ANT. Sí, y cien veces sí... (Furioso.) ¡Le destrozaría! (Rompe otro plato.)

CAM. ¡Pero, caballero... que son de porcelana fina, fíjese usted!...

ANT. ¿Y qué?... Con pagarlos está concluído. Pero beba usted, hombre, beba usted. (Don Antonio bebe. Camilo lo mira atontado y no bebe. Don Antonio sigue comiendo muy deprisa.)

CAM. (¡Atrácate bien, no seas tonto!)

ANT. A ver ese Champagne... ¿Por qué no está descorchado? (Cogiendo una botella.) ¿En qué piensa usted?

CAM. Aquí hay sacacorchos.

ANT. ¡Qué sacacorchos ni qué cuerno! (Rompe con un cuchillo el cuello de la botella.) (1)

CAM. (¡Es el espíritu de la destrucción!)

ANT. Anda... no hace espuma... ¡qué porquería!... Tome usted... (Le sirve á Camilo, él no se sirve.) Tome usted... Yo no bebo eso.

CAM. (Ya no puedo devolver el casco.)

---

(1) Conviene que esta botella esté preparada de antemano con el cuello cortado y sujeto tan solo por un papel de plata pegado al mismo.

ANT. (¡Qué calor!... ¡Uf!... Esto es un horno... Claro... con ese brasero... (Coge la botella del Champagne y la vierte sobre el fuego del brasero.)

CAM. ¿Qué hace usted?

ANT. Pues apagar la lumbre. Bien claro está.

CAM. (¡Con Champagne! ¡Pues apaga y vámonos. Está loco este hombre.)

ANT. Tengo la cabeza echando bombas... (Abre la ventana.)

CAM. No abra usted... que nos vamos á helar...

ANT. (Sin hacer caso.) ¡Ay... qué gusto!

CAM. (Pulmonía segura.) (Se sube el cuello de la americana y se ata al cuello una servilleta.)

ANT. (Se sienta de nuevo á la mesa.) Ea, á beber... (Cantando.) á beber y á apurar.

CAM. Sí, apurar. (Más apurado que estoy yo...)

ANT. (Poniéndose muy serio de repente.) ¡Ay! ¡Ay! (Se levanta.) ¡Uy! ¡Oy!...

CAM. ¿Qué le pasa?

ANT. Me va á dar... el ataque... sufro ataques...

CAM. (¡Anda, salero! Esto faltaba. ¡Pero en qué lío me he metido!)

ANT. Los nervios; quítese usted de enmedio. (Camilo retrocede.) Necesito romper cosas, romperlo todo... (Estrella contra el suelo otro plato.) Todo.

CAM. (Esto no puede acabar bien.) (Don Antonio coge su bastón y se dirige al armario de espejo en actitud de romperle.) ¡No, caracoles; eso sí que no. (Le sujeta por detrás.) Ya es demasiado, es un recuerdo; tiene luna de Valencia... de Venecia... (Rectificando.)

ANT. ¡Déjeme usted!

CAM. (¡Me estrella!)

ANT. Suélteme usted; ya se me pasa, ya estoy más tranquilo; es nervioso.

CAM. (¡Vaya una nochecita que estoy pasando!)

ANT. Ahora necesito dormir, echarme un rato; después del ataque me entra un sueño irresistible; una pesadez...

CAM. Sí, eso sí; la pesadez no puede ser mayor.

ANT. Puesto que tiene usted la cama preparada, me tomaré la libertad de aprovecharla. Me echaré vestido; no me quito las botas ni las gafas. ¿Para qué?

CAM. (¡Bonita me la va á poner!) Como usted guste. (Cierra la ventana.)

ANT. Usted puede dormir en una silla. Un joven...

CAM. Naturalmente. ¡Caramba, si se durmiera podría yo sacar á la veterinaria!, Ande usted, ande usted. (Don Antonio se mete en la cama y echa las cortinas.) Que usted reviente, digo, descanse.

ANT. Gracias. Llámeme usted á las nueve. Que no se le olvide. A las nueve en punto.

CAM. Descuide usted. (Camilo se dirige a apagar las luces.)

ANT. (Sacando la cabeza solamente.) Oiga usted.

CAM. (Deteniéndose.) ¿Qué se le ofrece?

ANT. Se me olvidaba decirle que yo tomo chocolate por la mañana.

CAM. ¿Ah, sí? (¡Vaya un descaro!) ¿Conque chocolate? ¡Caramba, hombre, caramba!

ANT. Sí, señor. El café me hace daño.

CAM. (Ya me es simpático el café.) Está bien. Lo tendré presente.

ANT. Vaya, descansar. (Cierra las cortinas.)

CAM. (Pues, señor, estoy fresco. ¿A que me va á pedir que le limpie las botas?) (Se dirige de nuevo á apagar las luces.) (Apagaré la luz, y...)

ANT. (Sacando de nuevo la cabeza.) Oiga usted.

CAM. (¿Otra vez?) ¿Qué?

ANT. Con picatostes y un par de huevos.

CAM. (¡Con dinamita y un par de tiros te le daría yo, salvaje!) Bueno, caballero, me alegro muchísimo saberlo. Ea, á dormir, á dormir.

ANT. Descansar. No meta usted mucho ruido. (Cierra la cortina.)

CAM. No, señor, no. (Por la cuenta que me tiene.) (Va otra vez á apagar las luces. De pronto se vuelve.) ¿Qué? ¡Ah, no; creía!... (Apaga las luces que hay encima del entredós. Queda á oscuras la escena.) (Bueno, ahora esperemos un poco. No sería prudente precipitarse. ¡Dios bendito, ayúdame! ¡Que no resulte cierto que mañana tengan que contemplar mi cadáver y desear paz á mi alma! ¡Valiente despedida de la vida de soltero! Con tal de que no me tenga que despedir de la vida á secas... porque

este veterinario es un polvorín; con dificultad se encontraría un hombre más hotentote. ¡Qué genio! ¡Qué maneras! Es un ciudadano de rompe y rasga; sobre todo de rompe. Bien decía su mujer, ¡y qué bonita es! Lástima de señora; merecía otra cosa; y eso que también ella es por el estilo y tiene la misma afición que su marido á tirar á todo el mundo por la ventana. (Acercándose á la cama.) Veamos. (Escucha.) No ronca, pero respira fuerte. Parece un fuelle. ¡Claro! Un hombre que levanta tantos kilos con un dedo, tiene que parecer un fuelle y respirar con fuerza, forzosamente; me parece que está ya casi dormido. Como que yo sospecho que lo que tiene no es un ataque, sino una mona, porque ha empinado el codo de lo lindo; sí, sí, yo me decido; esta es la ocasión. ¡Valor! Me juego la piel y la de ella; dos pieles. ¿Pero qué remedio? La sacaré con cautela y en un momento, ¡zás! á la escalera. Una vez fuera de aquí, el peligro habrá pasado y ya veremos lo que se hace. (Acercándose á la puerta de la izquierda.) ¡Señora! (¿Si se habrá tirado á la calle?) ¡Vecina! (Dando ligeros golpes con los nudillos.) ¡Vecina!

ESCENA IV

DICHOS y ROSARIO por la primera izquierda

ROS. (Abriendo despacio y sacando la cabeza.) ¿Qué hay? ¿Se ha marchado?

CAM. Salga usted... pronto.

ROS. ¿Y mi marido?

CAM. Durmiendo en mi cama. Venga usted. (Andan a tientas.) Aprovechemos la ocasión.

ROS. ¿Qué le ha parecido á usted?

CAM. Terrible, señora, terrible. Mucho más rinoceronte de lo que usted me dijo... sin ofenderle... Cuidado... muy despacito... que no sienta nada. (Rosario estornuda muy fuertemeute.) ¡Jesús!

ROS. Gracias.

CAM. No, si digo que Jesús me valga. Va usted á perderme. (Rosario estornuda otra vez.) Señora... por las once mil vírgenes... ¡apriétese usted la nariz! Vamos... vamos... (Tropieza en una silla y la tira.) Maldición... estamos perdidos. No se mueva usted... silencio... (Inmóvil escuchando.) Parece que no lo ha sentido .. no se oye nada Venga usted... (La coge de la mano.) Estoy desorientado... Me he perdido con tantas vueltas... debe ser por aquí... (La lleva hacia el armario de espejo.) Sí... (Toca la llave y abre la puerta del armario.) Salga usted .. salga usted. Esta puerta da al pasillo y...

ROS. No, señor; da á unos pantalones. (Cogiendo las piernas de un pantalón que habrá colgado.) Esto es un armario.

CAM. ¡Calla!... Pues es verdad. (Tocando la ropa.) Cuando digo que estoy desorientado... Entonces es por aquí... (Llevándola hacia el foro.) Mucho cuidado con tropezar... Ya falta poco... tenga usted ánimo.

ANT. (Sacando la cabeza por las cortinas.) Oiga usted.

ROS. ¡Ay! (Dando un fuerte grito separándose de Camilo.)

CAM. ¡Misericordia! Llegó el momento terrible. Señora... señora. (Rosario finge caer desmayada en una butaca.) Aun hay tiempo.

ANT. ¿Qué es eso? ¿Quién grita?

CAM. Vecina.... huya usted.... (Palpándola.) ¡Dios mío, se ha desmayado!

ANT. Vecino... ¿Qué pasa? (Sentándose en la cama.)

CAM. Que se ha desmayado... (Notando su torpeza.) (¡Uy... qué bruto soy!)

ANT. ¿Quién se ha desmayado?

CAM. No... nada... yo... me he desmayado... yo...

ANT. A ver... una luz.

CAM. (No hay escape. Me quedan dos ó tres minutos de vida .. ¡Dios mío... morir á manos de un veterinario! ¡Qué ignominia!)

ANT. ¿Ha oído usted?

CAM. (Muero sin testar. ¡Hasta eso!)

ANT. Mis cerillas... ¿dónde he metido yo las cerillas?

CAM. (¡Maldito sea el inventor de las cerillas!)

ANT. ¡Ah! Ya están aquí. Veamos.

CAM. *(De profundis, miserere nobis.)* (Don Antonio enciende una cerilla, sale de la cama y enciende una luz. Camilo se pone delante de Rosario tapándola con su cuerpo.)

ANT. ¿Quién ha gritado? ¿Qué escándalo es este? ¿Hay ladrones?

CAM. No... es... la que... (Mañana habrá una vacante en el personal de la Tabacalera.)

ANT. Vamos... ¿qué es eso? ¿Qué hay ahí detrás? (Procurando ver y Camilo tapándole siempre.) Hola, ¿una mujer?... Ya pareció la tórtola. Quítese usted de enmedio, caramba. (Le separa de un empellón.) ¿Cómo? ¿Qué veo? ¿Mi mujer aquí? ¡Ah, traición! ¡Ah, perfidia!... Necesito sangre... necesito cadáveres... ¡Ah, infierno! Necesito venganza, necesito exterminio.

CAM. (¡Cuántas cosas necesita, Santo Dios!)

ANT. ¿Con que era mi mujer?

CAM. El espantajo. . Sí, señor... pero yo le explicaré...

ANT. ¡Silencio!... traidor... cobarde... morireis los dos... sí... y yo también... los tres... pero calma. (Tranquilizándose.) Todo se andará... todo.

LAM. (Ahora, abre la ventana y *me desprecia* á su manera.)

ANT. ¿Sabe usted el Credo?

CAM. ¿El Credo? Cre... creo que sí.

ANT. Pues vaya usted rezándole. Usted va el primero.

CAM. (¡Qué horrible preferencia!) Pero caballero... óigame usted... yo le juro que...

ANT. Basta. No jure usted *in artículo mortis.*

CAM. Va usted á cometer una atrocidad... una injusticia... Esa vecina... digo... esa señora...

ANT. Es una infame y morirá también.

CAM. (Nada, que no se le puede llevar la contraria.)

ANT. Ea... manos á la obra... (Se quita el gabán y las gafas.)

CAM. (¡Ay!... Se quita el gabán... y las gafas... ¡claro! Para ver bien donde me da.)

ANT. ¿Está usted listo?

CAM. No, señor; me falta un poco.

ANT. Rece usted, hombre.

CAM. Ya voy. Estoy... «bajo el poder de Poncio Pilatos.»

ANT. Bueno. Pues basta de farsa. El objeto está cumplido. No reces más, Camilo... no tengas miedo... tranquilízate. (Rosario se incorpora y sonríe.)

CAM. (Asombrado.) ¿Eh?

ANT. Que eres un granuja y un pillo; pero que mi deseo sólo ha sido darte una lección y en seguida perdonarte, á condición de que no lo vuelvas á hacer. (Se quita la peluca y el bigote.)

CAM. ¡Don Antonio!

ANT. El mismo.

CAM. ¿Qué significa esto?... ¿Entonces esa señora?...

ANT. Señorita.

ROS. (Levantándose.) Es Rosario... el marimacho... la de los piés grandes...

CAM. No... muy chiquitos y muy encantadores. ¿Pero cómo han sabido ustedes...

ANT. Porque además de la carta que tú me has escrito, he recibido la que enviabas á esa Adelina que Dios confunda.

CAM. ¿De modo que ese bruto de Juan?

ANT. No. El bruto has sido tú, que sin duda distraido pusiste en los dos sobres mi dirección. Mira. (Le entrega las dos cartas.)

CAM. Es verdad... (No, si soy un bolo... ahora comprendo por qué no venía Adelina.)

ANT. Todo ha sido una comedia urdida admirablemente por Rosario. Nos pusimos en connivencia con el portero, á quien gratificamos con esplendidez. Desde las ocho de la noche hemos estado en el piso tercero, que está desalquilado De allí ha bajado Rosario, allí me disfracé yo... me parece que he hecho lo que he podido.

CAM. ¡Demonio! Es usted un actor consumado. Tiene usted unas grandes aptitudes para el salvajismo, y me ha dado usted un susto morrocotudo.

ANT. ¡Si no fueras calavera!...

CAM. De modo, que me he despedido de la vida de soltero... con mi mujer... con mi adorada mujer... por que la adoro... Ahora si que no puede dudarlo. (Acercándose á Rosario y cogiéndola la mano.) He estado á punto de morir por ella... figurativamente.

ROS. ¡Y me aconsejaba que me tirase por la ventana!

CAM. No tonta. No era por mí. Era para salvar tu honor.

ROS. Bueno, pero... ¿Y Adelina?

CAM. ¿Adelina?... Que se la lleve el demonio. La lección que me habéis dado ha sido dura, pero eficaz, y pienso aprovecharla. Seré el marido más tierno, más dulce, más amante, y más fiel que se pueda imaginar. Parodiando á Hernán Cortés he realizado la conquis- de Méjico.

(Al público.)

Aquí no ha pasado nada.
Mi necia calaverada
terminó agradablemente,
sé tú también indulgente
y otórgame una palmada.

TELON

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Entre doctores, juguete cómico en un acto y en prosa.

Azucena, juguete cómico en un acto y en prosa.

Ciertos son los toros, juguete cómico en un acto y en prosa.

El otro mundo, juguete cómico en un acto y en prosa (1).

Doña Juanita, comedia en dos actos y en prosa (2).

La conquista de Méjico, juguete cómico en un acto y en prosa.

---

(1) En colaboración con D. Carlos Arniches.

(2) En colaboración con D. Francisco Flores García.

3 0112 117464161

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.